

Annie Ernaux:

perfil de la Nobel de Literatura 2022

Kate Averis

Docente de Literatura de la Facultad de Comunicaciones y Filología, investigadora de la escritura contemporánea de mujeres, katherine.averis@udea.edu.co



¹ Annie Ernaux, *Los armarios vacíos* (Madrid: Cabaret Voltaire, 2022 [1974]). En corchetes aparece la fecha de publicación original

² Annie Ernaux, *El hombre joven* (Madrid: Cabaret Voltaire, próximamente [2022]).

Al ganar el Premio Nobel de Literatura 2022, otorgado “por el coraje y la agudeza forense con que descubre las raíces, alienaciones y limitaciones colectivas de la memoria personal”, la escritora francesa, Annie Ernaux, sigue el camino transgresor e innovador que ha caracterizado su obra y escritura.

Si bien el Premio Nobel de Literatura se inauguró con la condecoración de un autor francés –Sully Prudhomme, en 1901– y hasta la fecha los franceses han sido los más representados en la lista de los galardonados, entre quienes figuran autores de la envergadura de Henri Bergson, André Gide, François Mauriac, Albert Camus y J. M. G. Le Clézio; Annie Ernaux es la primera francesa en la historia del Nobel de Literatura en ganarlo.

A los ochenta y dos años, también es una de las personas de más avanzada edad en laurearse de este premio, junto a Doris Lessing (quien se condecoró a los ochenta y ocho años) y Alice Munro (que lo recibió, al igual que Annie Ernaux, a los ochenta y dos). Tras una carrera de cinco décadas y una veintena de publicaciones, Annie Ernaux hoy se cuenta entre los autores más leídos, estudiados y analizados en Francia, y es regularmente entrevistada en la televisión, radio y prensa escrita cultural francesa. La atención mediática y editorial que suele acompañar la condecoración del Nobel de Literatura indudablemente la llevará a nuevos lectores y públicos internacionales.

Desde *Los armarios vacíos*, de 1974¹, hasta *El hombre joven*, publicado este año², la obra de Annie Ernaux, poco conocida en Colombia aunque ampliamente traducida en España, se ha destacado por una despreocupación por los géneros y temáticas literarias convencionales en su acercamiento a aspectos de la experiencia femenina: el impacto de la educación, la enajenación social, la sexualidad, la violencia sexual, la salud reproductiva, la conciliación de la vida profesional con la conyugal y doméstica, la enfermedad, la vejez, la escritura, y la relación entre todos ellos. La novedad de su obra reside en narrar estas experiencias desde una perspectiva femenina. Si la sexualidad femenina ha sido un tema fundacional de la literatura occidental –tomemos, por ejemplo, Helena de Troya, un personaje definido por su sexualidad–, esta se ha narrado a través de la historia literaria desde una perspectiva externa y masculina. Annie Ernaux parte de su propia experiencia para desmitificar la representación de la feminidad, haciendo de su propia vida el material de su obra literaria.

Annie Ernaux nació en Lillebonne, en la región de Normandía, Francia, y pasó su infancia y adolescencia en Yvetot, pueblo a donde se trasladaron sus padres, de clase obrera, cuando trocaron la fábrica por el comercio al abrir una tienda de barrio. La pequeña Annie se crio entre la tienda, que atendía su madre, y el bar, que atendía su padre, hasta eventualmente partir a la capital regional, Rouen, para estudiar en la universidad en la que se graduó de docente de literatura, profesión que ejerció en paralelo a la escritura hasta su jubilación en el

año 2000. Su obra literaria relata no solo las experiencias de una mujer que vive los masivos cambios sociales y culturales de la segunda mitad del siglo XX y principios del XXI, sino también las de una escritora que se presenta, en sus propias palabras, como “tránsfuga de clase” como resultado de la experiencia de alejarse socialmente de los padres y del mundo social y cultural de estos, gracias al acceso a la educación secundaria y superior.

Cuando publicó su primera novela, *Los armarios vacíos*, Annie Ernaux ya era docente de literatura en la educación secundaria. En esta novela relata la historia de Denise Lesur y su experiencia de la transición social, “del mundo de la cultura dominada al mundo de la cultura dominante”, al acceder a la educación superior, y de un aborto padecido en condiciones de clandestinidad. Presentada como novela, las semejanzas entre autora y protagonista son claras, además de declaradas por la misma autora. Después de publicar tres novelas autobiográficas –que presentan protagonistas femeninas que se enfrentan con los conflictos entre sus aspiraciones universitarias y profesionales y la realidad burguesa y patriarcal de sus entornos–, Annie Ernaux renuncia a la ficción para dedicarse a lo

que llama “*l’écriture du vécu*” –la escritura de lo vivido–, incluso volviendo a temas y eventos anteriormente tratados. Por ejemplo, vuelve a la experiencia del aborto que tuvo en los años de la universidad y ya contado en forma novelística en 1974, para contarla de nuevo en 2001, esta vez en el estilo que vendrá a caracterizar su obra y que la misma autora llama “*écriture plate*” –escritura plana– sin florituras ni adornos. Adoptando de ahora en adelante una voz narrativa en primera persona del singular, aclara, sin embargo, que lo que utiliza es un “*je transpersonnel*” –un yo transpersonal– que no busca expresar una experiencia singular y particular, sino una compartida y colectiva. Con este fin, *El acontecimiento*³ revela no solo un aborto padecido en condiciones de clandestinidad, sino también en un clima moral de desaprobación y estigmatización, alimentado por un contexto social de falta de acceso a anticonceptivos y al aborto legal y seguro. Que la autora haya publicado su primera versión de este acontecimiento en 1974, un año antes de que el aborto se legalizara en Francia, evidencia el coraje por el que fue premiada la autora por el comité del Nobel y el impacto acumulativo que puede tener el atreverse a contar, individual y colectivamente, historias silenciadas.

³ Annie Ernaux, *El acontecimiento*, (Barcelona: Tusquets, 2001 [2000]).

⁴ Annie Ernaux, *El lugar* (Barcelona: Tusquets, 2002 [1983]).

⁵ Annie Ernaux, *Una mujer* (Barcelona: Seix Barral, 1988 [1987]).

⁶ Annie Ernaux, *No he salido de mi noche* (Madrid: Cabaret Voltaire, 2017 [1997]).

⁷ Simone de Beauvoir, *Una muerte muy dulce* (Buenos Aires: Sudamericana, 1975 [1964]).

⁸ Annie Ernaux, *Perderse* (Madrid: Cabaret Voltaire, 2021 [2001]).

⁹ Annie Ernaux, *Pura pasión* (Barcelona: Tusquets, 1993 [1992]).

¹⁰ Annie Ernaux, *El uso de la foto* (Madrid: Cabaret Voltaire, 2005 [2018]).

¹¹ Annie Ernaux, *Memoria de chica* (Madrid: Cabaret Voltaire, 2016).

¹² Annie Ernaux, *Los años* (Madrid: Cabaret Voltaire, 2019 [2008]).

¹³ Édouard Louis, *Para acabar con Eddy Bellegueule* (Barcelona: Salamandra, 2015 [2014]).

Además de desafiar los límites de lo temático, Annie Ernaux cuestiona los límites de lo “literario” al abordar las vidas de sus padres en sus siguientes obras. *El lugar*⁴ retrata la vida de su padre, “una vida aparentemente insignificante” en cuanto vidas como la suya no han sido, típicamente, foco de tratamiento literario, fuera de instrumentalizarse por un valor paisajístico o folclórico. Para dar cuenta de la vida del padre la autora explica en el mismo texto, que es tan autobiográfico como biográfico, y en la misma medida autorreferencial, que debía crear una nueva forma literaria –la “autosociobiografía”– que fuera capaz de reconstruir la realidad de la vida del padre a través de los hechos, los objetos y las palabras precisas de su entorno, ya que no se trataba simplemente de relatar la vida de un hombre, sino la vida de un hombre visto en el contexto social en el que vivió. El resultado es un retrato relatado con la distancia necesaria que permite la precisión y el respeto por la dignidad de la vida de su padre y de su clase social.

En *Una mujer*⁵, Annie Ernaux dedica a su madre una obra paralela que describe como “algo entre literatura, sociología e historia” que realza, sobre todo, la brecha generacional y experiencial entre madre e hija. Centrándose, como *El lugar*, en los eventos, los objetos y el lenguaje que permiten representar con precisión la vida de la madre, la autora crea un retrato materno sin temor a habitar la zona ambivalente entre antagonismo y empatía. La segunda publicación dedicada a la madre, *No he salido de mi noche*⁶, toma la forma de extractos de diario, género que adopta Annie Ernaux en varias ocasiones a lo largo de su obra. Tomando por título una frase enunciada por la madre, *No he salido de mi noche* registra el padecimiento de la madre de la enfermedad de Alzheimer y el cuidado brindado por la hija durante esta etapa de su vida. Si la primera frase de *Una mujer* –“Mi madre ha muerto el lunes 7 de abril”– hace eco de Albert Camus y a una de las más conocidas frases de apertura de la literatura francesa, los dos textos de Annie Ernaux sobre la madre sugieren una clara deuda a Simone de Beauvoir, y particularmente a *Una muerte muy dulce*⁷, texto que

Beauvoir dedicó al fin de vida de su madre. Annie Ernaux mantuvo una estrecha relación con la escritura de Beauvoir, a quien reconoció como “madre espiritual” a su muerte en 1986, el mismo año de la de su propia madre.

Annie Ernaux recurre nuevamente al género del diario íntimo en *Perderse*⁸, para registrar la experiencia de la pasión y el deseo sexual, temas que han recibido tratamientos diversos en una variedad de géneros en la obra de esta autora. *Pura pasión*⁹ relata la misma relación sexual tratada en *Perderse*, esta vez de forma narrativa, mientras *El uso de la foto*¹⁰ adopta la forma de libro texto-visual para relatar la relación sexual entre la autora y su coautor, el fotógrafo Marc Marie, cuyas fotografías se intercalan con los textos de la autora. Lo que reúne en especial estos tres textos es la ubicación de la mujer como sujeto de deseo y el rechazo del pudor al escribir sobre la sexualidad femenina. También se evidencia un desafío a las convenciones de la representación del cuerpo femenino deseado en *El uso de la foto*, que describe una relación sexual vivida mientras Annie Ernaux recibía tratamiento por cáncer de seno, sin obviar los efectos físicos del tratamiento. En *El hombre joven*, Annie Ernaux rompe el último tabú de la sexualidad femenina: el de la sexualidad en la vejez, sobre todo cuando se vive con un hombre treinta años menor. No es de sorprenderse que esta, su más reciente publicación, llega después de *Memoria de chica*¹¹, una dolorosa reflexión retrospectiva de un episodio de violencia sexual sufrida en la juventud y que finalmente, con el paso del tiempo, la autora puede reconocer como una violación.

En toda su obra se destaca la magistral *Los años*¹², una panorámica historia social y cultural de Francia desde su nacimiento en 1940 hasta 2007. No solo se destaca por su cronología y alcance inéditos en su obra, sino también por ser la primera vez que la autora adopta una voz narrativa en tercera persona, que alterna entre el singular y el plural, ambas voces de calidad colectiva y representativa. En la búsqueda de dar expresión a las experiencias de una generación y una clase social, y de encontrar

nuevas formas de una representación literaria focalizada en el género, encontramos su influencia en una nueva generación de escritores, como Édouard Louis, en obras como *Para acabar con Eddy Bellegueule*¹³, autor que reconoce la incontestable e importante influencia de Annie Ernaux.

El 10 de diciembre, en el aniversario de la muerte de Alfred Nobel, como dicta la tradición, Annie Ernaux recibirá el premio Nobel de Literatura 2022 en Estocolmo, donde presentará su discurso de aceptación. 🇳🇴



Karen Lamassonne @karenlamassonne
Boticas puntudas, 1980, acuarela sobre papel, 76 x 56 cm

Mudanza

Valeria Mira

Escritora y columnista, estudió Derecho en la Universidad de Antioquia, es profesora de cátedra de la Universidad EAFIT y autora del libro infantil Pajarraco, ilustrado por Daniela Acosta y publicado por Babel en 2022, valeriamiramont@gmail.com

Una tarde quise perseguir el sonido que hace el aire cuando se escapa de su encierro y me asomé por la rendija de la puerta del armario para buscarlo. Venía de la vitrina del salón. El mueble estaba abierto y la abuela agachada a sus pies. La vitrina era un mueble alto y arriba tenía espinas. Para que mis ojos de niña pudieran verla completa tenía que alejarme y estirar el cuello hasta atrás. El frente era de cristal brillante y por detrás parecía el tronco pulido de un árbol antiguo. Tenía cuatro patas de león y olía a polvo y a barniz. Adentro, sobre cinco repisas, se apoyaban recuerdos de viajes: tacitas, bailarinas y un juego de tenedor y cuchillo de plata con cabo de marfil.

El día que me llevaron a vivir con la abuela pensé que ese mueble se parecía al cofre de cristal en el que los siete enanos habían velado a Blancanieves en el bosque. Los enanos creían que Blancanieves estaba muerta, pero en realidad solo estaba hechizada y un beso la sacó de su sueño. Con mi mamá no había funcionado lo del beso y mis labios se pusieron fríos el día en que ella cerró los ojos para siempre. El cofre en que la velamos no era de cristal sino de madera maciza y también olía a polvo y a barniz como la vitrina que adornaba el salón de la casa de la abuela.

La primera regla de esa casa era estar siempre en silencio. Cecilia, la señora que dormía en la cocina, me enseñó a caminar en puntas de pie. A la abuela le molestaban en los oídos todos los pasos de zapatos que no tuvieran suela de algodón. También me enseñó que a la hora de la comida tenía que ser cuidadosa para evitar que los cubiertos se encontraran con los platos y sonaran como campanas. En la casa de la abuela no había galletas, ni manzanas, ni pan tostado: solo se comían cosas que pudieran tragarse sin masticar. Para moverme sin hacer ruido por la casa me convertía en gata: iba y venía pegada de las paredes para no cruzarme nunca en el camino de la abuela. En

los largos días de cortinas cerradas me crecieron los ojos y aprendí a deslizarme en la oscuridad sobre el tapete empolvado. Me arrastraba sobre la panza para enterrarme como una lombriz bajo los muebles del salón. Allí encontraba tesoros olvidados: centavos, botones y pedazos de cristal roto.

Además de los baños, el armario de los abrigos era el único lugar de la casa de la abuela donde el piso no estaba escondido bajo el tapete que me raspaba las rodillas y los codos cuando me convertía en lombriz. Me gustaba encerrarme ahí a jugar con lo que encontraba debajo de los muebles. En los agujeros de los botones veía ojos y bocas y de esas bocas salían historias que explicaban lo que pasaba en la casa. El botón azul decía que las cortinas estaban siempre cerradas porque la piel de papel de arroz de la abuela podía encenderse si le daba el sol. El amarillo me contaba que la señora que dormía en la cocina se convertía por las noches en una polilla gigante y salía por la ventana a volar en la oscuridad. Mi historia preferida era la del botón rojo.

—Ana, tu mamá entró anoche a tu cuarto y te dio un beso en la frente .

Cuando los botones no hablaban me ponía a jugar con las tuercas que le había arrancado a la mesa de centro que le hacía juego a la vitrina del salón. Las tuercas eran en mis manos cinco anillos de plata. Me ponía tres en la derecha y dos en la izquierda. El sonido que hacían cuando golpeaban el piso sin tapete del armario me recordaba al que hacían los zapatos de tacón de mi mamá cuando volvía a nuestra casa después de trabajar. Los abrigos y la gruesa puerta de madera del armario escondían ese sonido de los oídos de la abuela y en mi cueva podía recordar. Yo esperaba a mi mamá escondida detrás de una lámpara que no me tapaba del todo y ella decía, dónde está Ana, dónde está, y yo me



Laura Henao @__nube

reía y ella decía, escucho la voz de un ratón pequeño, y yo volvía a reír mientras ella daba vueltas alrededor de la lámpara como si no me viera hasta que de pronto me decía, aquí estás, ratona y me abrazaba fuerte y yo enterraba la nariz en su pelo para olerle la cabeza. Estar en ese armario era pedir el deseo de volver a escuchar el *tac tac tac*,

abrir la puerta, salir a colgarme del cuello de mi mamá y buscar con mi nariz de ratón las flores de su perfume.

La puerta abierta de la vitrina me reveló un cajón secreto y el tesoro que guardaba ahí la abuela: un estuche rojo que ella sacó del mueble y se puso